

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

NUBES

Como escribió Leibniz, los filósofos no se distinguen de la demás gente “porque perciban cosas distintas, sino porque las perciben de otro modo”. Por ejemplo, liberándose de la rutina, descubriendo en el canto rodado los perfiles agrestes de la piedra originaria. Mi interés en conseguir modos más interesantes de mirar las cosas es, pues, filosófico y no sólo estético. Por eso he disfrutado mucho leyendo un libro que les recomiendo: *Guía del observador de nubes*, de Gavin Pretor-

Pinney (Salamandra, 2007). El autor comienza con una afirmación que comparto: “Siempre me ha encantado contemplar las nubes”. Su entusiasmo le impulsó a crear la Cloud Appreciation Society, a cuyo manifiesto también me adhiero:

“Creemos que las nubes reciben un trato injusto y que la vida sería infinitamente más pobre sin ellas. Pensamos que las nubes son la poesía de la naturaleza y el más igualitario de sus despliegues, ya que todo el mundo cuenta con una estupenda vista de ellas. Nos comprometemos a luchar contra la obsesión por los cielos azules allí donde la encontremos. La vida sería muy aburrida si día tras día tuviésemos que alzar los ojos hacia una monotonía sin nubes”. Es verdad que, frente a la plenitud de lo solar, las nubes han recibido siempre una interpretación peyorativa. Son lo que empaña la felicidad, lo que oculta el sol. Pero

hay otro modo de interpretarlas. Las nubes son las que hacen fértil al sol. Estoy seguro de que en alguna mitología agrícola el sol se casa con la lluvia, es decir, con la nube, para engendrar la vegetación.

Mi utopía personal consiste en unificar ciencia y poesía, teoría y práctica, razón y sentimiento. A este modo de vivir lo he llamado ultramodernidad. Hace años proyecté convertirme en *especialista en olas*. El incansable vals del mar me permitía unificar los temas más complejos de la mecánica de fluidos, la sabiduría de los surfistas que buscan la ola perfecta, el empeño de los

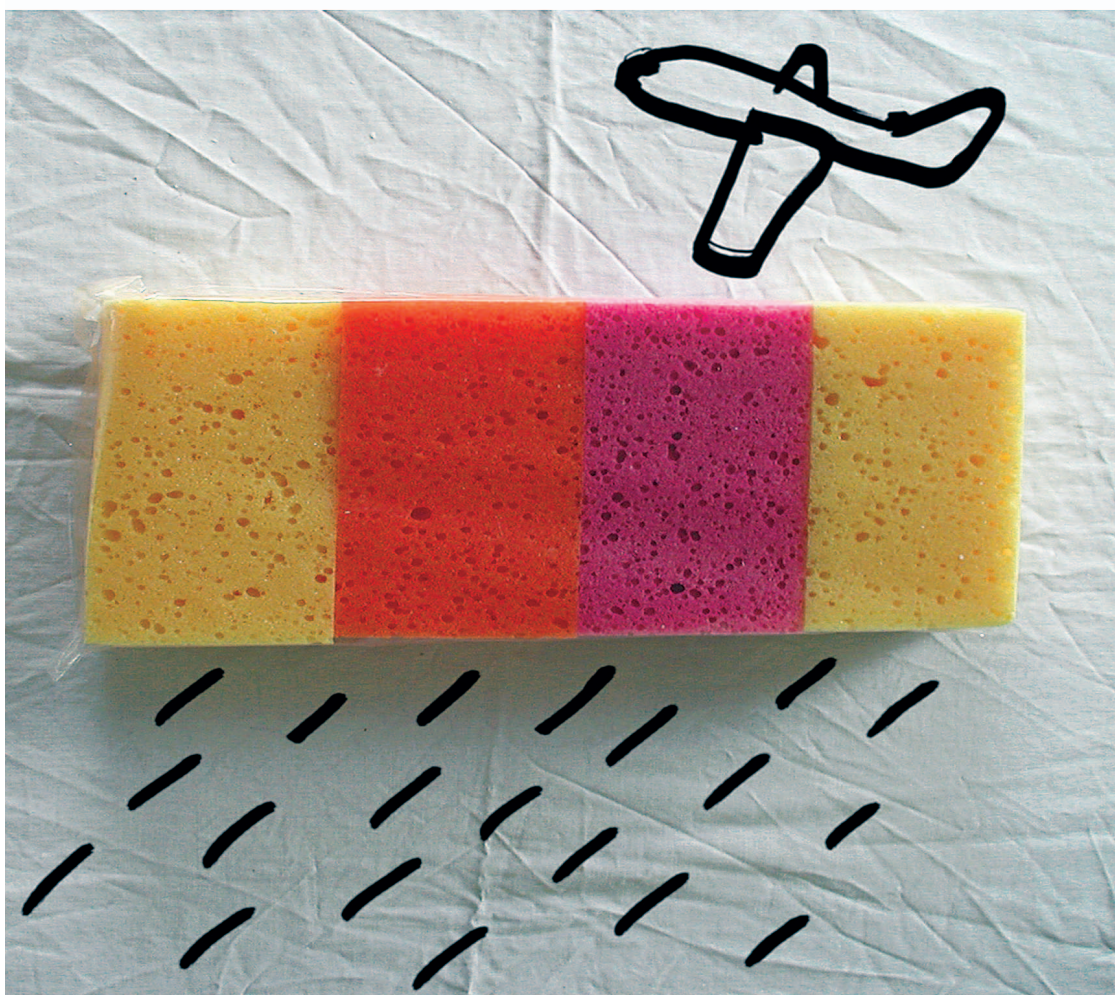
dibujantes japoneses por convertir en línea su movilidad, y las iluminaciones mitológicas. Las olas llegan al galope a las playas, en escuadrones ordenados o desbocados. Por eso los griegos dijeron que los caballos eran hijos de Poseidón, el dios del mar.

LA LUZ SE DIFRACTA, ESTALLA EN COLORIDOS SALVAJES CUANDO HAY NUBES; DEJE LA LECTURA Y ASÓMESE A LA VENTANA

Las nubes me sugieren una nueva especialización. Son un prodigio físico y una maravilla

estética. Pero nos hemos acostumbrado a ellas y ya no las apreciamos. Me fascina cuando un avión atraviesa un techo de nubes y emerge a la luz. Abajo se ve un paisaje marmóreo, glacial, reverberante, y resulta escandaloso que casi ningún pasajero se digne mirar por la ventanilla. Nos estamos convirtiendo en topos de superficie. Pretor-Pinney afirma algo que me llega al corazón: “Cada nube tiene su momento bajo el sol”. He cazado crepúsculos y amaneceres como otros cazan olas o tornados. Vibrantes atardeceres de secano en Toledo, marítimos en Bayona, amaneceres mágicos en La Gomera. Todos adquieren su brillantez cuando hay nubes. Entonces la luz se difracta, estalla en coloridos salvajes, se transfigura.

Deje la lectura y asómese a la ventana. Tal vez haya alguna nube jugando a ser *montgolfier*. ■



Raúl